

## VII

De aquel anciano chocho y que más bien parecía un niño, no podía la esposa de Rubín esperar ya ninguna protección ni amparo moral. Sólo en muy contados momentos lúcidos se revelaba en él un recuerdo vago de lo que había sido. Le lloró por muerto con verdadera efusión de hija desconsolada, y se aterraba de la orfandad en que iba á quedar cuando más necesitaba de una persona sesuda y discreta que la dirigiera. La impresión de vacío y soledad que sacó de la casa, poníala en grandísima tristeza. En la Cava Baja pasó por junto á un pianito que tocaba aires de ópera con ritmo picante y amoroso. Esta música le llegaba al alma. Paróse un rato á oirla, y se le saltaron las lágrimas. Lo que sentía era como si su espíritu se asomara al brocal de la cisterna en que estaba encerrado y desde allí divisara regiones desconocidas. La música aquella le retozaba en la epidermis, haciéndola estremecer con un sentimiento indefinible que no podía expresarse sino llorando. «Yo debo de ser muy bruta—pensó, alejándose,—porque me gusta más esta música de los pianitos de la calle que la pieza que toca Olimpia, y que dicen que es cosa tan buena. A mí me pa-

rece que, cuando la oigo, me aporrean los oídos con la mano del almirez.»

Había resuelto Fortunata, de acuerdo con su tía Segunda, albergarse en la casa de ésta, que vivía otra vez en la Cava. Allá se encaminó desde la calle de Don Pedro, y antes de entrar en el portal de la pollería, el mismo portal y el mismo edificio donde tuvo principio la historia de sus desdichas, una vecina le dijo que Segunda estaba en el puesto de la plazuela comiendo con unas amigas. Fuése allá, y vió á su tía con otras dos tarascas junto á una mesilla, comiendo un guiso de cordero en platos de Talavera. Jarro de vino y botijo de agua completaban el servicio. Las tres damas estaban con los moños al aire, hablando á un tiempo en alta voz, con ese desparpajo y esa independencia de modales que caracterizan á los vendedores ambulantes que viven siempre al aire libre y tienen la voz hecha á la gritería de los pregones. Segunda Izquierdo era una mujerona corpulenta y con la cara arrebatada, el pelo entrecano. Se parecía bastante á su hermano José; pero no conservaba tan bien como éste la hermosura de aquella *raza de gente guapa*, porque las miserias, las enfermedades y la vida aperreada de los últimos años habían hecho efectos devastadores en su cara y cuerpo. Los que trataron á Segunda en su edad de oro apenas la conocían ya, porque su cara estaba toda llena de costurones, y en el

cuello y quijada inferior llevaba unas rúbricas que daban fe de otros tantos abscesos tratados quirúrgicamente. El ojo derecho no estaba ya todo lo abierto que debía, á causa de una rija, y el párpado inferior del mismo había adquirido notoria semejanza con un tomate, á consecuencia de la aplicación de un puño cerrado, de lo que resultó una inflamación que vino á parar en endurecimiento. Ni aun su hermosa dentadura conservaba Segunda, pues un año hacía que empezaban á emigrar las piezas una tras otra. El cuerpo se iba pareciendo al de una vaca que se pusiera en dos pies.

En cuanto vió venir á su sobrina, cogió de encima de la mesilla una llave enorme, que parecía la llave de un castillo, y alargándosela le dijo que subiera á la casa si quería. Las otras dos tiorras miraron á la joven con descarada curiosidad. Á una de ellas la conocía Fortunata; á la otra no. Sentóse un momento en una banqueta que le ofrecieron, porque estaba cansada; pero sintiéndose molesta por las preguntas impertinentes de las amigas de su tía, subió al cuarto que debía de ser su albergue... hasta sabe Dios cuándo. Aquel barrio y los sitios aquellos eranle tan familiares, que á ojos cerrados andaría por entre los cajones sin tropezar. ¿Pues y la casa? En ella, desde el portal hasta lo más alto de la escalera de piedra, veía pintada su infancia, con todos sus episodios y accidentes, como

se ven pintados en la iglesia los Pasos de la Pasión y Muerte de Cristo. Cada peldaño tenía su historia; y la pollería y el cuarto entresuelo y después el segundo tenían ese *revestimiento de una capa espiritual* que es propio de los lugares consagrados por la religión ó por la vida. «¡Las vueltas del mundo!—decía dando las de la escalera y venciendo con fatiga los peldaños.— ¡Quién me había de decir que pararía aquí otra vez!... Ahora es cuando conozco que, aunque poco, algo se me ha pegado el señorío. Miro todo esto con cariño; ¡pero me parece tan ordinario!... Aquellas dos tiburonas... ¡qué tipos! Pues ¿y mi tía?...»

El cuarto que entonces tenía Segunda en aquella casa era uno de los más altos. Estaba sobre el de Estupiñá. No había llegado Fortunata al segundo, cuando vió bajar á éste, y le entraron ganas de saludarle. Puso él una carátula durísima al verla; pero á pesar de esto, la joven sentía ganas de decirle algo. Érale simpático; conocía sus apetitos *parlamentarios*, y aunque por sus amistades con los de Santa Cruz podía contarle ella en el número de sus enemigos, le miraba con buenos ojos, teniéndole por hombre inofensivo y bondadoso. «Aunque usted no quiera, D. Plácido, buenos días.» El gran Rossini no se dignó volver hacia ella su perfil de cotorra, y refunfuñando algo que la nueva inquilina no pudo entender, siguió

por la escalera abajo, haciendo sonar con desusado estrépito los peldaños de piedra.

Fortunata vió el cuarto. ¡Ay Dios, qué malo era, y qué sucio y qué feo! Las puertas parecía que tenían un dedo de mugre, el papel era todo manchas; los pisos muy desiguales. La cocina causaba horror. Indudablemente la joven se había adecentado mucho y adquirido hábitos de señora, porque la vivienda aquella se le representaba inferior á su categoría, á sus hábitos y á sus gustos. Hizo propósito de lavar las puertas y aun de pintarlas, y de adecentar aquel basurero lo más posible, sin perjuicio de buscar casa más á la moderna, quisiera ó no Segunda vivir en su compañía. El gabinetito que ella había de ocupar tenía, como la sala, una gran reja para la Plaza Mayor. Estuvo un rato ocupada en hacer mentalmente la colocación de sus muebles, la cama, la cómoda, una mesa y dos sillas. Por cierto que todo esto tenía que comprarlo, pues de la casa matrimonial no había de sacar nada. Recorriendo el cuarto, pensó que si el casero se conformaba á hacer algunas reparaciones, no quedaría mal. Era menester blanquear la cocina, tapar con yeso algunos agujeros y enormes grietas que por todas partes había, empapelar el gabinete, que iba á ser su alcoba, y pintar las puertas. Ya pensaba en la jaqueca que le iba á dar al administrador, cuando se acordó (su gozo en un pozo) de que

el administrador era Estupiñá. «De seguro que en cuanto le hable de obras en la casa, se va á poner hecho un tigre. Claro, me tiene tirria; ¿pues qué es él más que un servilón de los de Santa Cruz? Con todo, pienso decirle algo, porque en último caso, con dejarle el cuarto hemos concluido. Y ahora que recuerdo, esta casa era de D. Manuel Moreno-Isla, que el año pasado le dió la administración á D. Plácido. Me lo contó mi tía; y D. Plácido es tan tirano, que no da una paletada de yeso aunque le fusilen. Falta saber de quién es ahora la casa... ¿La habrá heredado doña Guillermina?...» Quedóse meditando en que su destino no le permitía salir de aquel círculo de personas que en los últimos tiempos la había rodeado. Era como una red que la envolvía, y como pensara escabullirse por algún lado, se encontraba otra vez cogida. «No; habrán heredado la casa los señores de Ruiz Ochoa, ó la mujer de Zalamero... Y después de todo, ¿á mí qué me importa que herede la finca Juan ó Pedro? Yo no la he de heredar.»

Si tuviera agua en abundancia, se pondría al instante á lavar toda la casa; pero desde el siguiente empezaría. Vió que la reja daba á un balconcillo ó terraza, y al punto determinó poner allí todos los tiestos de flores que cupiesen. La vista del cuadrilátero de la plaza era bonita, despejada y alegre. El jardín lucía muy bien desde arriba, con sus dos fuentecillas y el caba-

llo panzudo, del que Fortunata veía los cuartos traseros, como los de un cebón, y el Rey aquel encima, con su canuto en la mano. Acercábase Navidad, y ya estaban preparando los puestos de Noche-Buena. Distinguió también á su tía y á las otras dos matronas que, ayudadas de un jayán, estaban claveteando tablas y armando un toldo. Poco después, mirando para la acera de la Casa-Panadería, alcanzó á ver á Juan Pablo, sentado en uno de los puestos de limpia-botas, y leyendo un periódico mientras le daban lustre al calzado. Después le vió pasar á la acera de enfrente y seguir hasta el rincón de la escalerilla, como si fuese al café de Gallo.

## VIII

Como antes se ha dicho, á los pocos días de la desaparición de su mujer Maxi empezó á echarla de menos, mostrándose receloso y apeteciendo su compañía, con cierta mimosidad impertinente que ponía furiosa á doña Lupe. Juan Pablo y ella disertaron largamente sobre lo que se debía hacer, y por fin el primogénito dijo que intentaría aplicar á su hermano un buen sistema terapéutico antes de recurrir al extremo de encerrarle en un manicomio. No se habían probado las duchas, ni el sacarle de paseo al campo, ni el bromuro de sodio, que estaba dan-

do tan buen resultado contra la peri-encefalitis difusa y contra la meningo-encefalitis, etc..., y siguió echando términos de medicina por aquella boca, pues entonces le daba por leer libros de esta ciencia, y con una idea tomada de aquí y otra de allá, hacía unos pistos que eran lo que había que ver.

Dicho y hecho. Todas las mañanas iba Juan Pablo á buscar á su hermano, y unas veces engañado, otras casi á la fuerza, le llevaba á San Felipe Neri, y allí le arreaba una ducha escoesa capaz de resucitar á un muerto. Algunas tardes sacábale á paseo por las afueras, procurando entretener su imaginación con ideas y relatos placenteros, absolutamente contrarios al fárrago de disparates que el infeliz chico había tenido últimamente en su cerebro. A los quince días de este enérgico tratamiento, mejoró visiblemente, y su hermano y médico estaba muy satisfecho. Más de una vez se expresó Maxi durante el paseo como la persona más razonable. De su mujer no hablaba nunca; pero como saltase en la conversación algo que de cerca ó de lejos se relacionara con ella, se le veía caer en sombrías meditaciones y en un mutismo tétrico del cual Juan Pablo, con todas sus retóricas, no le podía sacar. Una mañana, al salir de la ducha, y cuando el enfermo parecía entonado por la reacción, ágil y con la cabeza muy despejada, se paró en la calle, y cogiendo suave-

mente las solapas del gabán de su hermano, le dijo: «Pero vamos á una cosa. ¿Por qué ni tú, ni mi tía, ni nadie queréis decirme dónde está mi mujer? ¿Qué ha sido de ella? Tened franqueza, y no hagáis más misterios conmigo... ¿Es que se ha muerto y no me lo queréis decir? ¿Teméis que la noticia me altere?»

Juan Pablo no supo qué contestarle. Viendo en la cara y en los ojos de su hermano señales de nerviosa inquietud, trató de desviar la conversación. Pero el otro se aferraba á ella repitiendo sus preguntas y parándose á cada instante. «Pues mira—le respondió al fin haciendo un gesto campechano.—Hazte cuenta que se ha muerto... porque lo que yo te digo... ¿A ti qué más te da que viva ó muera? ¿Para qué quieres tú mujer? Las mujeres no sirven más que para dar disgustos, chico. Ve aquí por lo que yo no he querido casarme nunca.»

—¡Muerta!—dijo Maxi sin alzar la voz, pero con extraordinaria luz en los ojos.—¡Muerta!... De modo que yo me puedo volver á casar.

Al decir esto, se insubordinaba; no quería ir por la acera, sino por el empedrado, dando manotadas y tropezando con algunos transeuntes. Juan Pablo le metió en un coche para llevarle á su casa. Enterada la tía, apoyó la misma idea respecto á Fortunata, diciéndole: «Hijo, todos nos tenemos que morir. No te asombres de que le haya tocado á ella la china antes que á ti.

Si Dios se la ha querido llevar, ¿qué quieres que hagamos? Conformarnos, mandar decirle sus misas correspondientes... y yo te aseguro que ya lleva dichas más de cuatro, y consolarnos poco á poco como podamos.»

Desde que ocurrió esto, la mejoría iniciada con el nuevo tratamiento pareció desmentirse. El enfermo no alborotaba; pero volvió á chapuzarse en hondísimas abstracciones. Sin duda en su cerebro había aparecido una nueva idea, ó reproduciéndose alguna de las antiguas, que ya se tenían por abandonadas ó dispersas. Durante muchos días no nombró á su mujer, hasta que una noche, yendo de paseo con Juan Pablo por las calles, se paró y le dijo: «¿Me quieres hacer creer que se ha muerto?... ¡Qué tontería! En ese caso, ¿por qué no nos vestimos de luto?»

—¡Qué atrasado de noticias estás! ¿No sabes que hay ahora una ley prohibiendo el luto?

—¡Una ley prohibiendo el luto! ¿Si creerás que á mí me comulgas con ruedas de molino? Mira, chico: aunque parece que estoy trastornado, veo más claro que todos vosotros.

Y no se habló más del asunto. Conviene apuntar, antes de pasar adelante, que aquella abnegación de Juan Pablo y el asiduo interés que por la salud de su hermano mostraba, serían absolutamente inexplicables, dado el egoísmo del señor de Rubín, si no se acudiera, para encontrar la causa, á ciertas ideas relacionadas

con la economía política ó la ciencia que llaman financiera. Tiempo hacía que Juan Pablo tenía un proyecto de conversión de su deuda flotante, proyecto vasto, para cuyo éxito necesitaba el concurso de la casa Rostchild, por otro nombre, su tía. Respecto á la necesidad del empréstito, no cabía la menor duda; era cuestión de vida ó muerte. Lo que restaba era que doña Lupe se prestase á hacerlo, pues la garantía moral de una de las entidades contratantes no era, ni con mucho, tan sólida como la de Inglaterra ó Francia. Empezó, pues, el primogénito de Rubin por prestarle, en aquel delicado asunto de la enfermedad de Maxi, la oficiosa ayuda que se ha visto. Iba de continuo á la casa, y en todo cuanto hablaba con su tía era de la opinión de ésta, ya fuese de Política, ya de Hacienda lo que se tratara. Hizo entusiastas elogios del señor de Torquemada; explanó acaloradamente la necesidad de arreglar sus propios asuntos con aquello de *año nuevo vida nueva*, estableciendo en sus gastos un orden tan escrupuloso, que no haría más el primer lord de la Tesorería inglesa. Cuando hallaba ocasión, echaba una puntadita; pero doña Lupe tenía más conchas que un galápago, y se hacía la tonta... pero tan tonta que habría que pegarle.

Apretado por el crecimiento aterrador de su deuda flotante, el filósofo desplegaba un tesón y constancia más que fraternales en el cuidado

de Maxi. En Enero del 76 había conseguido domarle, hasta el punto de que le llevaba consigo á la oficina; tenía allí ocupado en ordenar papeles ó en tomar algún apunte, y por las noches solía llevarle á la tertulia del café, donde estaba el pobre chico como en misa, oyendo atentamente lo que se decía, y sin desplegar sus labios. Rara vez sacaba de su cabeza aquel viejo y maldecido tema de la *liberación voluntaria* y de la *muerte de la bestia carcelera*; pero una noche que estaban solos en el café, lo sacó, como se trae del desván un trasto viejo y se le limpia el polvo, á ver si lo ha deteriorado el tiempo ó lo han roído los ratones. Con gran serenidad, Juan Pablo, oficiando de maestro de filosofía, dijo lo siguiente: «Mira: el dogma de la *solidaridad de substancia* ha sido declarado cursi por todos los sabios de la época, congregados en un concilio ecuménico que acaba de celebrarse en... Basilea. Las conclusiones son tremendas. Como no lees la prensa, no te enteras. Pues se ha decretado que son mamarrachos netos todos los individuos que creen en la *liberación por el desprendimiento*, y en que se debe dar la *morci-lla á la bestia*. A los que sostienen la herejía filosófica de que va á venir un nuevo Mesías, encarnándose en una buena moza, etc., etc..., se les declara memos de capirote y se les condena á comer virutas.»

—Mira, tú—dijo Maximiliano con el acento

más grave del mundo y como quien hace una confidencia importante.—Eso del Mesías, acá para entre los dos, no lo he creído yo nunca, ni era dogma ni cosa que lo valga. Lo dije porque tuve un sueño, y al despertar se me quedó parte de él en la cabeza, y me andaba aquí dentro como un cascabel. Lo que hay es que me había entrado en aquellos días una idea de lo más estrafalario que te puedes imaginar, una idea que debía de ser criada aquí en el seno cerebral donde fermenta eso que llaman celos. ¿Qué creerás que era? Pues que mi mujer me faltaba y estaba en cinta. ¿Ves qué disparate?

—Ave María Purísima, ¡qué barbaridad!

—Sentía en mí, detrás de aquella idea, una calentura de celos que me abrasaba. Para averiguar si era fundada aquella picara idea, fui ¿y qué hice? Pues saqué la cancamurria del Mesías que iba á venir, diciéndole que ella lo tenía en su seno, y que el papá era el *Pensamiento puro*... En fin, que con esta farsa pensaba yo arrancarle la confesión de lo que se me había metido entre ceja y ceja. ¿Qué resultó? Nada, porque aquella noche me puse muy enfermo; pero después he comprendido mi desatino, he visto claro, muy claro, y... Dios la perdone.

Empezó á tomar su café, y en tanto Juan Pablo se decía con tristeza: «¡Pero qué malo está esta noche! ¡Dios, qué malo!» Maxi repitió hasta seis veces el *Dios la perdone*, y cuando entra-

ron Leopoldo Montes y otro amigo, se calló. A la hora y media de tertulia, dió en celebrar con extremada hilaridad los donaires que Montes contaba. Después tomó parte en la conversación, expresándose con tanta serenidad y con juicios tan acertados, que se maravillaban de oírle todos los presentes. Juan Pablo discurría así: «Pues no está tan *guillati* como pensé, y lo que dijo antes revela más bien talento agudísimo. ¡Por vida de la santísima uña del diablo! Si consigo yo ponerte bueno, mi querida tía, *alias* la baronesa de Rostchild, no tendrá más remedio que hincar la jeta y darme lo que necesito.»

## IV

## Vida nueva.

## I

El 4 del mes de Enero, Fortunata sintió un campanillazo y salió á abrir, mirando antes por el ventanillo, cubierto de una chapa de hierro con agujeros (estilo primitivo). Era Estupiñá, que miraba á los tales agujeritos del modo más autoritario. Abrió la joven, y el gran Plácido, con gesto displicente, las cejas algo fruncidas, mostrando en una mano el bastón cuyo puño era una cabeza de cotorra (regalo que le trajeron de Sevilla los señoritos de Santa Cruz), alargó con la otra un papel que tenía un sello. «El recibo del mes», dijo en tono de déspota asiático que dicta una orden de pena de muerte.

—Pase, D. Plácido (sonriendo con gracia).— Tengo que hablarle.

—Yo no paso. Vengan los cuartos. No tengo ganas de conversación.

Decir aquel hombre que no tenía ganas de conversación, era como si el mar dijese que no tiene agua. Pero el tesón podía en él más que su liviano apetito.

—¡Jesús, qué mal genio ha echado este hom-

bre! Si le voy á dar la *guita*. No tendrá usted mejores inquilinas que nosotras.

—Sí... Buenas jaquecas me ha dado la Segunda. No... yo no paso, no sea majadera.

—Quiero que vea usted cómo está la casa, para que se convenza de que aquí no pueden vivir cristianos.

—Pues mudarse.

—Pero, hijo, ¡qué *tiranístico* se ha vuelto! No he visto casero más malo... ¿Pero ni siquiera me blanqueará la cocina, que parece una carbonería? ¡Y hay cada agujero!... Yo no puedo vivir entre tanta suciedad. ¿Sabe lo que le digo? Que si no quiere usted hacer las obras, las haré yo por mi cuenta... ¡vaya!

—Eso es otra cosa. Siempre que sea bajo mi vigilancia y...

—Pase, pase y verá...

Al fin Plácido se dignó entrar por el pasillo adelante. Fué á la cocina, echó un vistazo á la alcoba interior, que estaba llena de grietas...

—No se pueden hacer obras cada vez que lo pide un inquilino, porque sería el cuento de nunca acabar. Mañana, si á mano viene, se mudan ustedes, y el que tome el cuarto, como vea la cal fresca, pide más obras. No podemos. El mes pasado me gasté más de veinte mil reales en reparaciones. Conque despácheme, que tengo prisa.

—¿Pero se ha vuelto usted cohete? Siéntese un momento. Dígame una cosa...



—No tengo que decir cosas. Que me voy...

—¡Ay, qué pólvora de hombre! Mire que así va á vivir poco.

—Mejor. Bastante he vivido ya.

—Siéntese. En seguidita le doy el dinero. Pero dígame una cosa que quiero saber. ¿De quién es ahora esta casa?

—Eso á usted no le importa. ¿Cree que estoy yo para perder el tiempo? La casa es de su amo. Le repito que no tengo ganas de conversaci6n. ¿Es que quiere usted comprar la finca? Vamos; al avío... Ya sabe que soy hombre de pocas palabras.

—¿De pocas? ¡Digo... pues si lo fuera de muchas!... Si usted el día que nació estaba charlando por siete. Dígame... ¿de quién es la casa?

—De su amo. Conque... Bastante hemos hablado... y finalmente: la finca es magnífica; está tasada en treinta y cinco mil duros. Sólo el pedernal de los cimientos y la berroqueña de la escalera valen un dineral. ¿Pues y las paredes? El otro día, al abrir un hueco, los albañiles no le podían meter el pico. Nada, que *talmente* se rompen las herramientas en este ladrillo recocho que parece un diamante... Pues para concluir... no tengo ganas de conversaci6n. Cuando se abrió el testamento del señor D. Manuel Moreno-Isla, que en gloria esté, testamento hecho tres años ha, se encontró que dejaba esta casa y el solar de la calle de Relatores á doña Guillermina

Pacheco, su tía... La señora ha hipotecado ambas fincas para acabar el asilo, y por eso verá usted que éste va echando chispas. Lo acabarán este año... Conque...

Extendió la mano, y con la otra mostraba el bast6n, como si fuera un bast6n de autoridad.

—¡Doña Guillermina mi casera!—dijo Fortunata, pensativa, entregando el dinero.—Pues á ella le voy á pedir que me haga las obras. Es amiga mía.

—¡Qué ha de ser amiga de usted... qué ha de ser!—replicó Estupiñá con sarcasmo.—Y si quiere usted verla furiosa, háblele de obras que no sean las del asilo. Adiós; que haya salud... ¡Ah!, me olvidaba: cuidado con los tientos de la ventana. Como yo vea rezumos de agua, la echo á usted; cuente que la echo... ¡María Santísima, y cuánta planta tiene usted aquí! Es un jardín... Me parece mucho peso... ¡Qué vistas tan hermosas! Mal año ha sido éste para los puestos de Navidad. Están los pobres vendedores que trinan. Ya se ve... con tanta agua... Y hoy me parece que tenemos nieve. En toda mi vida no he visto un invierno tan frío como este. ¿Sabe usted que se murió el sordo, el del puesto de carne? Anoche... de repente. Yo le vi tan bueno y tan sano anteayer, y... ¡qué vida ésta!... En fin, voy á ver si les saco algo á los del segundo de la izquierda. Me deben cinco meses. ¡Ay, qué gente! Si la señora me dejara, ya les habría puesto los tras-

tos en la calle; pero mi ama es así, no quiere desahucios. «Por Dios, Plácido, no les echéis... los pobrecitos ya pagarán; es que no pueden.» «Pero señora, con que me dieran lo que gastan en aguardiente y lo que se dejan en la pastelería de Botín...» Total, que con caseras como la mía, estos bribones de inquilinos están como quieren.

Tanto charló aquel hombre, que Fortunata, después de haberle rogado para que entrara, le tuvo que echar con buen modo: «Pero D. Plácido, mire que se le va á hacer tarde...»

—¡Ah!, sí... ¡La culpa la tiene usted, que es lo más habladora!... Abur, abur...

Fortunata no salía nunca á la calle. Ella misma se arreglaba su comida, y Segunda, que tenía puesto en la plazuela, le traía la compra.

En los días que siguieron á la primera visita del administrador de la casa, no pudo la prójima apartar de su pensamiento á la que por tan breve espacio de tiempo fué su amiga. «¡Quién le había de decir á ella y quién me había de decir que viviría en su casa! ¡Qué vueltas da el mundo! En aquellos días, ni á mí se me pasaba por la cabeza venirme aquí, ni esta casa era tampoco de ella. Y cuando D. Plácido le cuente que soy su inquilina, ¿qué dirá? ¿Se pondrá furiosa y querrá echarme á la calle? Tal vez no, tal vez no...» Cuando esta idea ú otra semejante le refrescaba el recuerdo de la inaudita escena y al-

tercado en el gabinete de la santa, sentía la pobre mujer que la conciencia se le alborotaba, y no podía aplacarla ni aun arguyéndose que *otra la había provocado*. «Me cegué, no supe lo que hice. De veras digo que si tuviera ocasión, le habría de decir á doña Guillermina que me perdonara.»

La soledad en que vivía, favoreciendo en ella esta resurrección mental de lo pasado, inspirábale juicios muy claros de sus acciones y sentimientos. Todo lo veía entonces transparentado por la luz de la razón, á la distancia que permite apreciar bien el tamaño y forma de los objetos, así como la paz del claustro permite á los fugitivos del mundo ver los errores y maldades que cometieron en él. «Y á Jacinta, ¿le pediría yo perdón?», se preguntaba sin acertar con la respuesta. Tan pronto se le ocurría que sí como que no. La Delfina la había ofendido y ultrajado, cuando ella no hacía más que contarle á la santa sus penas y el conflicto en que estaba. Por fin, á fuerza de meditar en ello, amasando sus ideas con la tristeza que destilaba su alma, empezó á prevalecer la afirmativa. Cierto que debía pedirle perdón por el intento que tuvo de arañarle la cara, ¡qué barbaridad!, y por las palabras que se dejó decir. Mas para que esta idea triunfase por completo, faltaba aclarar el siguiente punto:

¿Había faltado Jacinta con el señor de More-

no? Porque si había faltado, allá se iba la una con la otra, y tan buena era Juana como Petra. Nunca pudo la señora de Rubín llegar en sus cavilaciones á una solución terminante en este punto obscurísimo. Ya afirmaba la culpabilidad de *la mona del Padre Eterno*, ya la negaba. «Daría yo cualquier cosa—exclamaba invocando al cielo—por saber esa verdad, que ahora no saben más que Dios y ella, pues el tercero que la sabía se ha muerto. La sabrá también el confesor de Jacinta, si es que lo ha confesado. Pero nadie más, nadie más. Pues no sé qué daría yo por salir de la duda. Esta curiosidad me quema la sangre... Flojilla diferencia va de una cosa á otra... Si pecó, todo varía en mí, y no me rebajo yo á pedirle perdón; pero si no faltó... ¡ay!, la dichosa *mona* me tiene debajo de su pie como tiene San Miguel al diablo.»

De aquí pasaba á otro eslabón de ideas: «Y ahora estamos las dos de un color. A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas... Ambas nos podríamos consolar... porque en mi terreno, yo soy también virtuosa, quiere decirse que yo no le he faltado con nadie; y si ella se hace cargo de esto, bien podría venir á mí, y entre las dos buscaríamos á la pindongona que nos le entretiene ahora, y la pondríamos que no habría por donde cogerla... Vamos á ver: ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos? Por más que digan, yo me he afi-

nado algo. Cuando pongo cuidado digo muy pocos disparates. Como no se me suba la mostaza á la nariz, no suelto ninguna palabra fea. Las señoras Micaelas me desbastaron, y mi marido y doña Lupe me pasaron la piedra pómez, sacándome un poco de lustre. ¿Por qué no nos habíamos de tratar, olvidando aquellas bromas que nos dijimos?... Esto en el caso de que sea honrada, porque si no, no me rebajo. Cada una tiene su aquel de honradez.»

Pasaba sin pensarlo á otro eslabón: «Pero ella no querrá... Tiene mucho orgullo y mucho tupé, mayormente ahora, que se la comerá la envidia. ¡Ah!, que no me venga ahora hablando de sus derechos... ¿Qué derechos ni qué pamplinas? Esto que yo tengo aquí *entre mí*, no es humo, no. ¡Qué contenta estoy!... El día en que *esa* lo sepa, va á rabiarse tanto, que se va á morir del berrinchín. Dirá que es mujer legítima... ¡Humo! Todo queda reducido á unos cuantos latines que le echó el cura, y á la ceremonia, que no vale nada... Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines; fastídiase usted.. Los curas y los abogados, ¡mala peste cargue con ellos!, dirán que esto no vale... Yo digo que sí vale; es mi idea. Cuando lo natural habla, los hombres tienen que callar la boca.»

Y su convicción era tan profunda, que de ella tomaba fuerza para soportar aquella vida solitaria y tristísima.